

ERROR BASICO DE LA FILOSOFIA DE HEGEL.

I.

Segun el sistema filosófico de este autor alemán (1), los *contradictorios* son *idénticos*, á saber: el *ser* es idéntico á la *nada*, la *vida* á la *muerte*, la *luz* á las *tinieblas*. Segun Hegel, pues, el orden físico nos ofrece mil ejemplos de la verdad de los contradictorios: la luz supone las tinieblas porque no puede haber luz sin sombra, y por consiguiente la luz implica en si misma á su contradictorio que es la oscuridad. Y asi en el orden físico, como en el orden moral, lo que los sentidos separan, la razon lo une: la vida y la muerte, por ejemplo, no son más que dos momentos de la existencia; ¡luego no forman más que la unidad de la misma cosa!

Tal es la síntesis de su filosofía;—y en verdad, que al pronto se admira.

II.

Pero—profundizando bien esta filosofía, mas deslumbrante que positiva, vemos que cae por su base al fijarnos en la esencia que—para nosotros—constituye la naturaleza de Dios (Tiempo y Espacio), y tambien vemos tangiblemente la verdad del elocuentísimo dicho, ya demasiado popular en el mundo, *de que no hay error que los alemanes no hayan elevado á dogma*.

Contrayéndonos, pues, al Tiempo y al Espacio para pesar estas dos grandes esencias divinas en la balanza hegelina de los *contradictorios*,—esencias muy lejanas de constituir la naturaleza de Dios para el filósofo alemán, puesto que la define asi: «El hombre vive por su alma, y el alma es el pensamiento. El pensamiento ó la idea no es otra cosa que Dios, que es el mismo la idea universal» (2)... Contrayén-

(1) Jorge Hegel, nació en 1770 y murió en 1825. Su sistema filosófico se deriva del de Schelling, del de De Fichte y del de Kant,—evidenciándose, más que en otras obras suyas, en: *Lógica del ser, de la esencia y de la idea*.

(2) Esta definición teística de Hegel no puede ser ni más absurda ni más panteísta. Segun ella, si no existiera el hombre, no existiría Dios. Es decir,

donos, pues, al Tiempo y al Espacio, y considerándolos como esencias distintas (siendo asi que constituyen una sola y un solo *espíritu puro que está en todas partes*, segun hemos demostrado en otros estudios)... Contrayéndonos, en fin, al Tiempo y al Espacio ¿nos quieren decir los partidarios de la filosofía de Hegel, que otras sustancias ó esencias espirituales implican el Tiempo y el Espacio como sus *contradictorios*?

¿Cuál es el contradictorio del Espacio?—Será el *no Espacio*.

Pero ¿en dónde encontrará la mente humana el *no Espacio*, cuando es imposible de toda imposibilidad concebirlo?

Podemos, en efecto, concebir la *luz* y su contradictorio las *tinieblas*; la *atmósfera* y su contradictorio el *vacio* en el Espacio, etc., etc., ¿pero contradictorio al Espacio, científicamente considerado? No hay nadie que lo puede concebir desde Newton, si existiera, hasta un infusorio.

Y lo mismo que decimos del Espacio, decimos del Tiempo.

¿Cuál es el contradictorio del Tiempo? Será el *no Tiempo*,—cosa que casi no acertamos á escribir para expresarnos con claridad.

Pero ¿en dónde encontrará la mente humana el *no Tiempo*, cuando esto es indeliberable por si misma incognoscibilidad?

III.

En honor de la filosofía de Hegel, vamos á hacer una gran tension de espíritu, redoblando la fuerza de nuestra intelectualidad cuanto nos sea posible, á fin de concebir el *inespacio* ó el *no Espacio*. Quién sabe si estaremos equivocados, y el Espacio tenga, tal vez, *contradictorio*?

Hé ahí, pues, la *inmensidad* ante nosotros. Es de dia: nubes violáceas y de ná-

que la naturaleza del Creador *no es* independiente de la naturaleza de la criatura,—y no siendo la Divinidad independiente del hombre como de toda la creacion, entonces ya Dios no es Dios, porque *no es por si mismo*, que es la primera de sus magestades.—Admira que semejantes obtusos pensadores tengan reputacion y prosélitos! Cuánta ignorancia reina aún en cierta parte de la sociedad actual, que blasona de *archi-ilustrada*!!

car y ópalo vagan por ella en primer término, y más allá el sol esmalta su disco centellante inundando el horizonte de luz. ¿Podemos concebir esa misma inmensidad del Espacio sin esas nubes, sin sol, sin fluido alguno en fin, ponderable é imponderable? Podemos. Pero esa misma inmensidad *extinguida*, ¡imposible! Porque ¿cómo pudiéramos *suprimir*, ni aún idealmente, ese ámbito ó inmensidad del Espacio? Todo puede contraerse y agrandarse en el Espacio, pero el Espacio no puede contraerse ni agrandarse, científicamente considerado, porque es perfectamente inmutable, é indivisible, é intransformable é *insuprimible* en cualquier punto de si mismo, pésie à todas las campanas neumáticas habidas y por haber: con ellas podréis *desalojar* atmósfera, pero no Espacio.

Es de noche: las tinieblas envuelven la *inmensidad*, y brillan en ella miles y miles de miles de mundos *mayores* que la Tierra, como otras tantas margaritas de oro que abren sus pétalos de luz en el jardín *infinito* del Espacio. ¿Podemos concebir ese mismo infinito del Espacio sin esos mundos y hasta sin el *mito* del éter? Podemos. Pero ese mismo infinito ó ámbito *extinguido*, ¡imposible!—¿Dónde está, pues, el *contraditorio* del Espacio?

IV.

Investiguemos del mismo modo al Tiempo para encontrarle contradictoriedad.

Hé ahí, pues, la *eternidad* ante nosotros (1), perfectamente igual ayer, perfectamente igual hoy y perfectamente igual mañana. La mente no puede concebirle *no ser*, ó un contradictorio *idéntico à su no ser*, esto es, *sunada* (2). La mente encuentra la eternidad del Tiempo toda entera en

(1) Escribiendo científicamente como escribimos, escusamos de demostrar que la Eternidad no es sinó el Tiempo, como la Inmensidad no es sinó el Espacio. Lo mismo dá decir *la eternidad del Tiempo*, que el Tiempo de la eternidad. La eternidad, como la inmensidad, no son en rigor filosófico otra cosa que *adjetivos* de los sustantivos Tiempo y Espacio.

(2) La nada no existe en filosofía: solo existe convencionalmente. Si abrimos un cofre y no encontramos objetos, decimos que no hay nada en él materialmente; pero filosóficamente hay aire (atmósfera) dentro;—y aunque desalojáramos esta atmósfera por medio de un aparato, siempre quedará lo que se dice el *vacio* para entenderse, pero en rigor *espacio*, vulgo *cielo*.

el *genesisiaísmo*, toda entera *ahora*, toda entera mañana, y toda entera *à perpetuidad*, aunque se aniquile la creacion;—y siempre inmutable, é indivisible, é intransformable, é insuprimible en cualquier *instante* de si misma;—y siempre *presente*, immaculada é inmóvil (1);—y siempre principio y fin de todas las *cosas* como único *espíritu puro* que es, consustanciada con la *inmensidad* del incommovible Espacio (2).

¿Dónde está, pues, el contradictorio del Tiempo (vulgo eternidad) ya en esta vida, ya fuera de ella?—No hay razon que pueda concebirlo, como tampo puede concebirse el contradictorio del Espacio (vulgo cielo).

V.

Concluimos: no teniendo *contraditorios* las dos sustancias más esenciales é imprescindibles que se conocen, base del Ser Supremo y de cuanto *és*,—toda la filosofía de Jorge Hegel, no es más que un tegido de puerilidades con que se deslumbró à una sociedad oscura ó superficial.

Si no es así, si estamos equivocados,—que nos lo demuestren sus partidarios; pero à fé, à fé, que no saldrá ninguno à esgrimir las armas del raciocinio en la palestra.

BENITO VICETTO.

La Graña 21 de mayo de 1872.

(1) El Tiempo, como *espíritu* perfectamente igual en todas partes (Espacio), no se mueve jamás. El movimiento está en la materia (la creacion), no en la inmaterialidad del Tiempo y del Espacio. Se *mueven* los astros, las personas, todo lo creado; pero no lo increado Tiempo y Espacio, Dios!—todo igual, y todo entero, en cualquier *instante* ó cualquier *punto* de si mismo.

(2) Tampoco hay que confundir al Tiempo con la duracion. El Tiempo es ilimitado é inmedible: la duracion es limitada y medible. La duracion *es en el* Tiempo: el Tiempo no es en la duracion, porque es inmanente en si propio. La duracion es solo anexa à las cosas materiales ó creadas, como una flor *dura*, un hombre *dura*, un astro *dura* tantos minutos, ó años, ó siglos *en el* Tiempo. La duracion es tiempo *relativo* EN EL Tiempo *absoluto*. La duracion es anexa à lo creado: el Tiempo es anexo al Creador, su naturaleza con el Espacio. El Tiempo y el Espacio constituyen el espíritu puro de Dios, sumamente intrínscico *por sí*, pero que se disgrega en dos percepciones ante nuestra materialidad de ser.—Cuanto decimos de la *duracion* y el Tiempo, conviene comparativamente à la *extension* y al Espacio.

SOMBRAS.

I.

Apagándose fueron lentamente
las brillantes estrellas en el cielo,
y el mundo entre las sombras de la noche
se vió de pronto envuelto.

La ténue claridad de la mañana
mostró en el horizonte sus reflejos,
y la luz, y la vida, y la armonía
de nuevo sucedieron.

II.

¡Ay! En la oscura noche de mi espíritu
las estrellas ha tiempo que se fueron,
y tan solo tinieblas pavorosas
en torno mío encuentro.

En vano de la aurora la luz pura
eternamente espero:
en las noches del alma no hay aurora...
¡No penetro la luz en el infierno!

JESÚS MURUAIS.

Pontevedra--1875.

TRADICIONES FEUDALES DE GALICIA.

LA INFANZONA DE MESÍA.

(Continuacion.)

II.

El juramento.

En el antiguo cuanto dilatado reino de Galicia, esa montañosa region de España situada en un extremo de la caduca Europa, en el ángulo N O de la Península entre los 44° 50' y los 43° 50' latitud N; y lo 3° 20' y 1° 54' longitud O, bañada al N por el océano Cántabro, al O por el Occidental y confinando al S con Portugal y al E con Leon y Asturias; aun se conservan en la actualidad muchos vestigios de la época feudal. Puede decirse que fué una de las subdivisiones territoriales de España, en donde el feudalismo habia sentado su férrea planta con más aplomo. Recorred sus innumerables montañas y encontraréis á cada paso, tristes y ennegrecidas ruinas de castillos, torres y templos que si habláran, podrian referiros grandes y sorprendentes leyendas en que la sangre, el puñal y el incendio tienen su mayor parte. Explotad las tradiciones de sus 1350 leguas cuadradas; preguntad por qué se levantó la solitaria hermita de la Mota en un sitio tan despoblado sobre la cresta de un elevado monte, y vereis que su fundacion se la debe al se-

ñor feudal de Ramos, en memoria ó celebridad de una batalla ganada á uno de aquellos «señores de horca y cuchillo» de entónces,—hombres que no tenían más ley que su capricho, verdaderos progenitores del absolutismo.

Coged un mapa de Galicia, y al tender la vista por ese panorama geográfico, le vereis dividido en fragmentos con las denominaciones de Tierra de Deza, Tierra de Pallares, Tierra de Lemos, etc... Pues bien; en cada una de esas demarcaciones que se nombran aún así, habia en aquella época un castillo que era solar de una familia noble y poderosa, y el dueño de la fortaleza lo era tambien de aquella division de tierra, que formaba sus estados y tomaba su mismo apellido.

La imponente torre de Mesía, cuyas ruinas existen en la Puebla de este nombre, situada á 4 leguas de Betanzos y 6 de Santiago, tambien pertenecía á este número. Era uno de esos edificios feudales de aquella época, que nada ofrecian de particular ni en su posicion topográfica, ni en su estructura gótica por lo regular; empero á la solidez de una fortaleza, reunia la magnificencia de un palacio, que era lo que caracterizaba á estas casas solariegas del siglo XV, cuyos señores hallaban tanto placer en los festines como en los combates. Esta torre fué fundada por el caballero Pedro Mesía; segun se puede ver por el rótulo que aun se conserva sobre el derruido porton, y sus dueños pretendian ser descendientes de la reina Lupa, ó Santa Claudia Luparia, y un caballero hermano suyo, que el padre Gándara no nombra en su voluminoso Noviliario, por parecerle esto supuesto é inventado por «fabricadores de fábulas» como en el mismo dice; añadiendo además, que de esta casa salió el glorioso San Fructuoso, arzobispo que fué de Praga. Tenian por armas tres fajas de blao en campo de oro, y por orla ocho aspas del mismo metal en campo rojo.

En la época en que sucedió nuestra historia, este castillo feudal de Mesía, tenia por dueño y señor absoluto á la viuda de don Vasco Arias, doña Laura de Riobó. Tendria entonces esta señora unos cuarenta años, y á pesar de esto, bien podia pasar por una hermosa rubia, pues á una figura elegante, unia uno de esos rostros que nos deslumbraban á primera vista, y que despues miramos con menos encanto que á los lindos ojos azules que tanto realce les suelen dar.

Cuando nuestro hidalgo don Lope Diaz de Senra llegó á Mesía, hallábase su infanzona sola y mediatubunda, recostada con abandono en uno de los lujosos campés que habia en su oratorio. Era esta una pieza cilíndrica formada en un torreón saliente de la misma figura y en la que sobre una especie de retablo dorado se veia una Dolorosa de plata ro-

deada de preciosos jarrones de porcelana, en que mil flores de distintos matices despedían á torrentes sus aromáticos perfumes. Y adornaban también esta sagrada estancia, varias lámparas de un metal muy fino, trabajadas con esmero y de una forma particular. Una ventana que por su pequeñez se asemejaba á una tronera, y practicada detrás del altar, era la única abertura por donde los rayos del sol penetraban á través de cuatro vidrios verdes, dándole un colorido triste y melancólico á este aposento religioso.

Mas bella que nunca le pareció al de Senra su pesarosa prima, tan pronto la divisó desde la puerta en la postura que acabamos de decir.

—Dios guarde por luengos años vuestra vida, la dijo con sumisa voz entrando cerca de ella.

—Bien venido seais, mi bueno y amado primo, contestó la dama con alterado acento.

Y mirándole al mismo tiempo con aparente sequedad:

—Asentad, le dijo.

Sentóse don Lope á su lado y el maldito hidalgo no hacia más que lanzarle miradas escrutadoras como si al través de su rostro pudiese leer las penas que afligian á su prima.

—Me habeis mandado llamar y ya me teneis cabe vos: volvió á decirla, no direis, mi hermosa doña Laura, que estuve remiso en obedecer vuestros deseos.

—Oh! no: y de ello os doy las más expresivas gracias.

—Eh! dejas de eso, y decidme en que puede serviros vuestro primo.

—Os he mandado á llamar con tal premura, porque anhelo que me favorezcáis en cierto asunto, del que depende la felicidad de mi vida.

—Señora, bien sabeis...

—Si; confiada en que no me dejarais mal cuando necesitase de un hombre que me defendiera, os mandé á buscar por mi conserge Albar Galober.

—En fin, qué os sucede?... y al preguntar esto el de Senra se detuvo como el que teme profundizar mucho una materia en que su honor y su vida se hallan comprometidos; pero no sin recalzar tanto estas palabras que otra más perspicaz que doña Laura no conociera que aquella misma ansiedad que demostraba el hidalgo por saber lo que originaba su melancolía, era ficticia.

—Hace más de dos meses, don Lope, que he visto á Juan Rodriguez, y hace más de dos meses que le amo como ninguna muger amó jamás.

—Eso era escusado que me lo dijerais por segunda vez; acordáos que hace pocos días que en el torneo de Andrade me declarásteis esa pasión que concebisteis para vuestro mal.

—Para mi mal! Oh! si, teneis razon. Quizá el amor que le profeso será el veneno que me llevará dentro de poco al cementerio de San Cristóbal. Pero yo no os habré dicho en Andrade lo que suvé ayer aquí.

—Decid que.

—El me desprecia y ama á otra. Entendisteis estas palabras?... ama á otra!... Oh! si supierais el martirio que encierran cuando salen de mis labios!

Y al decir esto la infanzona de Mesía, se puso á llorar como si una desgracia inevitable la hubiera sobrevenido. D. Lope, bastante astuto, también se puso tan triste, como si efectivamente sintiera lo que motivaba el llanto de su prima.

—Pero...

—Oh! esperad. Esa muger por quien me desprecia, es una camarera del castillo.

—De estel exclamó el de Senra como si lo ignorase.

—De este mismo.

—Cosa particular, por Santiago!

—Oh! si, bien particular; pero lo más de todo es que no sé quién pueda ser esa rival.

—Y en fin, qué habeis resuelto en este caso?

—Mirad, segun supe ayer, todas las noches esa desconocida muger, saliendo del castillo á media noche, se dirige á las ruinas de San Cristóbal. Allí le espera él, ¿ois? le espera Juan Rodriguez del Padron, el mas apuesto trovador de nuestro suelo.

—Proseguid.

—Esta noche os apostais en ese pequeño puente que hay entre las ruinas y el castillo, y cuando veais pasar la misteriosa rival que causa este terrible suplicio que padezco...

—Matarla...?

—Si; baluceó la infanzona ocultando maquinalmente el rostro entre sus manos como si se averguzase de pronunciar aquella palabra.

—Otra muertel y aún quereis que mi puñal asesine por segunda vez?

—Don Lope, á qué recordarme...?

—Rayo del cielo ¿os acordais?... Era una noche tan negra, como el crimen que iba á envolver en su tenebroso manto... Yo estaba en este sitio... quizá sentado en el mismo canapé que ahora: á mi lado, asi como vos lo estais en este instante, se hallaba un hombre como de sesenta años, con los cabellos blancos y el corazon más noble que ha palpitado jamás sobre la tierra. Yo le dije que iba á morir y se arrodilló á mis plantas demandando piedad; le dije que orase por su alma, y oró. Cuando acabó su oracion volvió á suplicarme con el tono mas lastimero que oí en mi vida, arrastrándose á mis plantas como un reptil porque mi mano izquierda oprimia su cuello y mi diestra esta misma

daga, que llevo en la cintura. Yo no le quise es-
cuchar...

—Callad...!

—Yo ño oi más que una voz de muger que me
gritó desde la puerta: «mátale», y d'ntónces mi pu-
ñal se enterró dos veces en su corazon. Aquel hom-
bre, se llamaba don Vasco de Mesía: la inhumana
muger que pronunció aquella fatal palabra, erais
vos... su esposa.

—Oh! callad! . . callad por compasion!!

—Sí, erais vos que me mandásteis asesinarle
porque habiéndoos visto él en los brazos del jóven
Fernan de Curtis, atravesó con su espada al inso-
lente doncel, bofeteando despues á la muger adúl-
tera.

—Don Lopel don Lope, habeis venido aquí pa-
ra insultarme?

—No, rayo del ciel! Pero por qué no hemos de
recordar esos instantes que descuellan tanto en
nuestro pasado entre los principales sucesos de la
vida?... Oh! perdonad si amargo vuestro presente
con estos recuerdos de sangre y de adulterio...

—Sin duda el diablo os trajo á la memoria esa
noche de maldicion; pero en fin, sea lo que quiera,
decidme si estais pronto á hacer lo que os exijo.

—No.

—Os daré mucho más dinero que entónces.

Don Lope, segun la opinion pública, era muy
interesado: gastaba mucho en sus vicios y hablán-
dole de dinero, todo se conseguía de él,—pero aquel
dia parecia otro hombre distinto y volvió á contes-
tar otra vez uno de esos «no», secos é incontrarres-
tables.

—Concededme lo que os pido, primo: conce-
dedme lo que anhele y os haré esposo de mi hija, y
sereis despues de mi muerte señor feudal de Mesía
y sus estados.

Este ofrecimiento tuvo mejor éxito que los dos
primeros... Obró un efecto mágico en nuestro hi-
dalgo, pues arrojándose á los piés de doña Laura
con una alegría que casi rayaba en delirio, la pre-
guntó:

—Lo prometeis de corazon?

—De corazon.

—Pues entónces, esta noche ántes que la campana
del castillo señale la media noche, aquí os presentaré
la cabeza de esa rival que ni vos ni yo conocemos.

—Lo jurais?

—Lo juro.

—Arrodillaos ante esa dolorosa y haced el ju-
ramento mas solemne que hayais hecho jamás.

El hidalgo de Codesoso se arrodilló como se lo
mandaba su prima, prometiendo con los ojos fijos en
la Virgen, que aquella noche daría muerte á la
rival de doña Laura.

T. II.

Despues de esta terrible escena hubo un mo-
mento de silencio que ninguno de los dos se atre-
via á interrumpir, y que en la imaginacion de ám-
bos interlocutores se sucedian y se encontraban mil
pensamientos de amor, de venganza, de ambicion
y... tal vez, ninguno de arrepentimiento, ningun
torcedor de haber sido un dia criminales.

BENITO VICETTO.

(Se continuará.)

LA GAITA GALLEGA. (1)

Música vaga que suelta al viento,
hiere las cuerdas del sentimiento,
eco celeste, coro de amor;
voz de conciertos angelicales,
Gaita gallega, mucho tu vales,
arrullo blando del corazon.

¿Quién te ha creado? Nadie lo sabe;
mas tu armonía dulce y suave
solo crearla pudiera Dios.
El puso galas ricas y extrañas
en nuestras verdes frescas montañas,
himnos de brisas, perpétua flor.

¡Gaita gallega, bendita seas,
seguro hechizo de las aldeas
cuando parlara cantando vas!
Tú que consuelo das á las almas,
tú que secretos dolores calmas,
siempre en Galicia siempre serás.

Fiel y amoroso tu acento exhala
los tonos tristes del *alalala*,
canto de nuestro pueblo infeliz.
Cuanta ternura, cuanta armonía
tienen la noche y el claro dia,
juntas hallamos todos en tí.

Ya des al viento de una alborada
la cariñosa dulce balada,
ó de muineiras el ledó són,
plácesme siempre, Gaita gallega:
siempre, agitándolo, tu canto llega
á lo mas hondo del corazon.

¡Oh, cuantas veces del monte erguido
de tu voz ecos trajo á mi oido
el aire puro, fresco y sutil!
¡Y cuantas veces, soñando amores
al blando arrullo de tus rumores
adormecerse mi mal sentí!

Eres amante, sentida queja,
que ya se acerca, que ya se aleja,
dejando siempre grata impresion;
con un solo tono ríes y lloras;
ríes, con notas arrobadoras;
del ronco fole lloras al són.

Hablas, suspiras, gimes y sientes,
y de las mansas aguas corrientes
tienes el eco murmurador;
la voz del genio que corre el mundo,
el ¡ay! doliente del moribundo,
el trino alegre del ruiseñor.

(1) Traducida del gallego al castellano por don Ventura
Ruiz Aguilera.

No existe un alma de buen gallego que no te muestre, Gaita, un apego como el que el ciego muestra á la luz. Cuantos sonidos el mundo encierra, música blanda de nuestra tierra, todo, por dicha, lo tienes tú.

Hijos de nuestra noble Galicia, amad leales esta delicia, haced la Gaita más popular, bien la muiñeira, bien la alborada, dejad que sea siempre tocada en bosque, aldea, llano y ciudad.

VALENTIN LAMAS CARVAJAL.

GALICIA PINTORESCA.

LA GUARDIA.

I.

No puede formarse el lector idea de situación más bella que la ocupada por la villa de La Guardia. Colocada sobre erizadas rocas, rodeada de altísimos picos que parecen desafiar al cielo cual otros titanes, y cuya granítica base es azotada y carcomida continuamente por las turbulentas olas del airado océano, que, celosas de aquellas rocas que se levantan ante ellas impidiéndolas el dominio absoluto del globo, se arrojan furiosas sobre su dura superficie para despedazarlas y arrastrarlas al abismo, estrellándose contra ellas, tornándose en espuma y retirándose suavemente como avergonzadas de su impotencia para volver otra vez con nuevos bríos. Contrasta notablemente con este atronador estruendo lo apacible y tranquilo del río Miño, que, besando las verdes riberas españolas y portuguesas, confunde ámbas en el mismo ósculo como lazo que las une y no abismo que las separa,—yendo por último á confundir sus claras aguas en el seno de su madre Tetis. Festonean el río hermosas y verdes riberas, cubiertas de flores y corpulentos árboles que se reflejan en el claro espejo que la naturaleza colocó á sus pies.

Es indecible el placer que se experimenta, y los recuerdos que se evocan al franquear en frágil barquichuelo el pequeño obstáculo que por aquel punto divide á dos hermanas. Cerca de sus riberas derrotó cien veces el esforzado Viriato las legiones romanas. Miles de veces los adoradores de Odin, los audaces normandos, surcaron sus aguas con sus ligeros *holkers*; y sus furiosos *berserkes* (1), sus varoniles *sholdmoes* ó vírgenes de los escudos y sus re-

(1) *Berserker* era un guerrero que padecía un frenesí periódico, durante el cual devoraba ascuas y andaba sobre el fuego. Según los sagas, cuando los hijos de Arngrin se hallaban en este estado de frenesí, mataban á sus soldados y destruían los bosques. Después de estos sucesos quedaban largo tiempo desmayados. (Deppin, *Historia de las expediciones marítimas de los normandos*, tomo 1, página 47.)

yes de mar, que tantas veces habian saqueado hasta el mismo Paris é impuesto tributos á los degeneradores sucesores de Carlomagno, encontraron como fuerte muro, que siempre los rechazó, los esforzados pechos de los naturales del país.

Los primeros pueblos que históricamente poblaron la Galicia, fueron los celtas, llamados también galos, que unidos á los griegos, que después la colonizaron, formaron los pueblos galo-grecos. Cerca de donde hoy existe La Guardia, debió habitar una colonia céltica, como lo atestiguan una eminencia próxima á Salcidos, que no es otra cosa que un *castro*, primitivas viviendas de aquel pueblo; en el país, y una *mamoá* situada en una pequeña colina del monte *Torroso*, lugar destinado á la inhumación de sus cadáveres.

Muchos hábitos célticos han atravesado la dilatada etapa de siglos trascurridos desde aquellos remotos tiempos, entre ellos la emigración periódica de sus habitantes para dedicarse á los trabajos de otros países, después de haber cultivado sus tierras, las que dejan al cuidado de las mugeres, ancianos y niños. El uso de la hoz y el palo, la *gaita*, tan semejante á la *cornamusa* del bajo breton, que tiene también su mismo origen, son otras tantas reminiscencias célticas.

Los vestigios que quedan de los griegos son el baile llamado *La Muiñeira*, que es retrato fiel de costumbres griegas, y algunas palabras del dialecto del país, entre ellas la de *broa* (pan); pues es evidentemente histórico que antes de la dominación romana ocuparon este país con el nombre de los *grovios* ó *gravios*.

Es casi seguro que la actual *Villa de la Guardia* fué el pueblo conocido por los romanos bajo la denominación de *Ostium Minii* (puerta del Miño, entrada del Miño), pues la única población que por su situación pudiera disputarle este nombre, que es *Caminha*, en el vecino reino portugués ó antigua Galicia bracarense, se sabe fué fundada en 1265 de nuestra era por don Alfonso III de Portugal.

Se creé sean restos romanos una tosca muralla que se conserva y que sin duda cercaba la antigua población. Hoy contiene en su recinto pocas casas, estando la mayor parte de la población fuera de ella. Algunos sostienen que esta muralla data del tiempo de los suevos,

Destruído el gigantesco imperio romano, rotos los diques que contenían á los pueblos septentrionales, éstos, como río que saliendo de madre inunda la campiña y arrolla todo cuanto á su paso se opone, se esparcieron por toda Europa, viniendo á España varios, entre ellos los suevos, mandado

por su rey Hermenerico I, los cuales se establecieron en Galicia.

Los suevos quitaron á La Guardia el nombre romano de *Ostium Mini* sustituyéndole por el de *Gauda*, *Garda* ó *Guarda*, que retuvo por espacio de mucho tiempo y bajo cuyos tres nombres consta en varias escrituras reales y particulares del monasterio de *Oya* (1). Diéronla este nombre los suevos, sin duda por la posición que ocupaba como frontera del país por ellos dominado y ser como la guarda ó lugar de seguridad de su territorio, respecto á las invasiones piráticas de los *hérulos*.

II.

Entre el pueblo y la desembocadura del claro Miño, hállase colocado el monte llamado de *Santa Tecla*, que termina en dos altivas puntas llamada la una *Facho*, y vulgarmente *Perouquiño*, y la otra *San Francisco*; entre las que hay una ermita bajo la advocación de la misma santa, que dá nombre al monte. En esta ermita, que ya existía ántes del siglo XII, se verifica todos los años, los días lunes y martes de la semana de la Asunción, una edificante ceremonia religiosa que la piedad de los habitantes ha transmitido de padres á hijos al través de tantos años, y á la que sólo concurren los hombres. El origen de esta fiesta fué un voto hecho por los habitantes del país a consecuencia de una terrible sequía que asoló el territorio á mediados del siglo XIV, y que, según las crónicas, desapareció por intercesión divina. En este mismo monte se encontró hace poco tiempo una pequeña estatua de bronce, y existen vestigios de grandes fortificaciones. Quizás en aquellos lugares existiría en épocas que se pierden en la bruma de los tiempos, alguna raza poderosa y rica que desapareció como desaparecen todos los hombres, todas las razas, todos los pueblos, después de haber cumplido su cometido para dar paso á otros que les regeneren en su caduca vejez.

El señorío temporal de esta villa perteneció á la orden militar de los Templarios hasta su extinción en 1312. en que se incorporó á la corona de Castilla y Leon, haciéndose después donación de ella á don Sueyro Yañez de Parada, el cual, habiendo tomado partido por el rey de Castilla don Pedro el Justiciero, en las guerras sostenidas contra él por don Enrique de Trastámara, al triunfo de este rey fratricida fué desposeído don Sueyro de su señorío, transfiriendo don Enrique dicha donación al cabildo de Tuy por real escritura otorgada en 8 de setiembre de 1370 en el real sobre Braga, y con-

firmada el año siguiente por el mismo soberano y su hijo don Juan en las cortes de Toro. A mediados del siglo XV, don Pedro Alvarez de Sotomayor, vizconde de Tuy y conde de Caminha, más conocido entre los suyos por Pedro Madruga, usurpó este señorío; conservándolo su sucesor hasta el año de 1488, en que fué devuelto al cabildo, que lo tuvo en su dominio hasta el año de 1811 en que fueron suprimidos los señoríos por las cortes de Cádiz.

Esta villa padeció mucho durante la guerra sostenida con Portugal en el siglo XVII. En 1665 las tropas portuguesas, capitaneadas por el conde de Prado, gobernador de la provincia Entre Duero y Miño, pusieron sitio al castillo llamado de *Santa Cruz*, construido en tiempos de don Felipe III, cuyo castillo, juntamente con la villa, se rindieron por capitulación en el mismo año ante el considerable número de sitiadores. Los portugueses saquearon la villa é incendiaron varios edificios, entre ellos el archivo municipal, cuya irreparable pérdida hace imposible la reunión de datos que existirían en él, y por cuya causa La Guardia no posee su historia apesar de los sacrificios y afanes de muchos de sus hijos. Ocupáronla hasta el año de 1668, en el que se firmó la paz, y habiendo quedado tan yermos y asolados los campos, fueron dispensados sus habitantes de todos los impuestos durante el tiempo de la dominación portuguesa, por real cédula de Carlos II de 13 de junio de 1669.

En 1.º de noviembre de 1775, se sintió bastante en este lugar el terrible terremoto que tantos desastres causó en Lisboa; de tal manera, que el mar, convertido en una gigantesca ola, invadió gran parte de su territorio, retirándose después como atraída por un enorme vórtice y dejando un gran espacio en seco de lo que ordinariamente cubren las aguas, hasta el sitio llamado *Baloeiro*.

JOSE POVEDANO.

(Se concluirá.)

ANIVERSARIO

DE LA MUERTE DE MI SOBRINO JULIO VELARDE Y VICETTO, (28 DE AGOSTO DE 1867.)

I.

Cuando cruzo la pradera,
cual se inclina la palmera
que récio huracan combate,
así mi frente se abate
y se angustia el corazón,
pues si las auras susurran
me parece que murmuran:
—¿Dónde está?—Yo, atribulado,
les contesto:—¡Está enterrado
en *Bagneres de Luchon!*

(1) En el segundo Concilio de Lugo, año 509, figura con el nombre de *Gauda*.

II.

Veo á lo léjos mil flores
brillando por sus colores
como otras tantas estrellas;
pero al pasar junto á ellas
languidecen de pesar;
no hay una, por muy lozana,
que su cáliz de oro y grana
no plegue en trémulos giros,
cuando siente mis suspiros
hijos de un hondo penar.

III.

Busca en la arboleda umbria
consuelos el alma mia,
escuchando los amores
que cantan los ruiseñores
palpitando de pasion;
pero al mirarme las aves,
dicen con notas suaves:
—¿En dónde está?—Y yo angustiado
les contesto:—*Está enterrado
en Bagneres de Luchon!*

IV.

Solo el mar: ronco bramando,
va sus olas empujando
contra las rocas, furioso
como tigre rencoroso
que nada aplacar podrá;
y en su rebramar horrendo
parece que está diciendo
al verme pasar turbado:
—¡Ya sé donde está enterrado!
¡Ya sé quien lo vengará!

B. VICETTO.

1868.

CUADROS DE LA HISTORIA DE GALICIA.

COLONIAS GRIEGAS EN GALICIA:

su historia y su influjo bajo los aspectos
económico y social.

SEGUNDA PARTE.

HISTORIA DE LAS COLONIAS GRIEGAS EN GALICIA.

IV.

*Raza mista de céltigos, fenicios y griegos en
Galicia: los gravios.*

En contraposición al pueblo fenicio, que solo se ocupara de exportar los minerales de nuestras Casitérides y de nuestras costas, había en las familias pelásgica y helena que llegarán hasta el promontorio de Finisterre, más desinterés, más bondad, más atracción con respecto á nuestros céltigos ó indígenas. Es verdad que ámbas razas del Asia—la tiria y la griega—no pisaban esta region en armas, inundándola de sangre y de cadáveres como más tarde los romanos, los suevos, los godos, los árabes y los normandos,—y aun entre ámbas razas, la griega se presentaba más hidalgamente, contentándose con la leche de los ganados, las aves que cazaba, los

peces y mariscos que recogía en el litoral, la fruta de los castaños y otros árboles que en nuestro país crecían espontáneamente,—y lo que es más aun, como esta última raza era manufacturera é industrial, *al elaborar é industrialarse para sí*, elaboraba é industrialaba *para el país en el país* (en el sentido económico de la frase), puesto que en él radicaba; al contrario de la raza fenicia que apenas paraba en sus factorías de Iria y Brigantia más que lo preciso para cargar de mineral sus birremes y trirremes. Había aun otra circunstancia para que las colonias griegas se arraigaran profundamente en la region oeste donde se asentaran: había su sentimiento religioso ó veneración al sol,—sentimiento tópicó, si así nos podemos expresar,—lo que no animara al fenicio para fusionarse ó anhelar la fusion con nuestros céltigos. El fenicio no quería suelo galaico, sino los minerales de ese suelo. El griego, por el contrario, no pedía los minerales del suelo galaico, sino algunos palmos de ese suelo, su atmósfera, su horizonte, su mar occidental, en fin, para presenciarse en él la sumersión del sol.

La miscivilidad de sangre, la anexión de castas entre ámbas razas—la pelásgica y la céltica—se efectuó, pues, en aquellas comarcas del oeste sin la menor violencia; contribuyendo mucho para la tracción recíproca, no solo el trato dulce y manso de los colonizadores, sino sus cualidades industriales y sociales, altamente superiores á cuanto se conocía en la humanidad de aquella época remotísima,—pues demasiado sabido es que, respecto á civilización, mientras los griegos recién venidos bañaban su cabeza en la luz, nuestros céltigos la veían en la sombra.

Y esta consanguinidad de céltigos y griegos en aquel litoral que casi comprendía lo que hoy entendemos por Rías bajas, esto es, desde Finisterre al sur, progresó tanto y tan insensiblemente, que la raza mista celti-fenicia, iniciada, desarrollada y transportada á Irlanda y al Báltico, se desvaneció tenuemente para dejar paso á la celti-griega, vulgarmente *gravios*,—recuerdo de la Gravisca en Etruria.

Podrá considerarse la fusion natural que acentuamos como una conjetura histórica más ó menos cuestionable, porque ¿qué no hay cuestionable en el mundo?—pero los que así consideren *el hecho*, no pueden—para rebatirnos—apelar á la historia tradicional del país, pues en sus ondas serenas á través de los siglos, no nos trasmite el vapor de sangre derramada en la fusion, que á buen seguro nos transmitiría si hubiese tenido lugar la menor hostilidad para efectuar la mistificación de razas entre céltigos y griegos:—que nada es la duración en el tiempo y el espacio para los pueblos, si estos han sufrido horrores por mantener su integridad absoluta.

Si la fusion no fué así, naturalísima, ¿cómo había de arraigarse en Galicia el dialecto griego sin que los mismos griegos se hubiesen *identificado* completa y pacíficamente con los céltigos indígenas? El comercio no basta. Nuestros célticos jamás adoptaron el idioma fenicio, como los portugueses no adoptaron el inglés. Los pelasgos y helenos, pues, al colonizar primitivamente nuestro país, se evidencian luminosamente en él con el histórico nombre de *Gruios, Graios, Grovios ó Gravios*, ocupando la costa oeste y estendiéndose por el litoral hasta el Duero, como geográficamente testifica Melá: *a Durio ad flexum Grovii ó Gravii*. Nadie se impuso á nadie: si acaso, la civilización, ó lo que es lo mismo, la ley del mejoramiento social, que en política se denomina ley del progreso. Y que, á consecuencia de esta remota colonización pelásgica en nuestro suelo, su fusion con los indígenas fué

Naturalísima y tomó tal incremento en él, que la raza mista se evidenció históricamente con el nombre de *gravios*, esto nos lo testimonia Silio Itálico cuando dice en un pasaje de su poema: «Allá, en la tierra de los gravios (es decir, de los galaicos), revolviendo arenas de oro corre un río que hace olvidar todo cuanto han visto á los que bajan á los infiernos y por lo tanto es llamado el Lethes», (hoy Limia). *Quinque super Gravios lucentes volvit arenas infernae populis referens obliviam Lethes*. Se vé, pues, que no dice *Super callaicos*, sino *Super Gravios*,—lo que supone que la voz gravios era denominante de nuestra region, como sinónima de callaicos, en aquella época anterior á la dominacion romana.

El centro de poblacion de los pelasgos y helenos conocidos por griegos ó gravios (de la Gravisca, Etruria) en nuestro país, fué la península del Grove (San Martín) (1);—y este pintoresco y delicioso territorio, es el que la historia tradicional saluda como asiento de las primeras colonias griegas en Galicia, ántes, mucho ántes de la destruccion de Troya y de la fundacion de Sagunto,—puesto que los pelasgos y helenos que, costeano el Mediterraneo y el Atlántico, llegaron á nuestra region en sus bajeles forrados de cuero, no vinieron con objeto de colonizar sino obedeciendo á otro sentimiento más levantado que al que obedecieron los griegos que arribaron más tarde al litoral de Levante (en España), dos siglos ántes de la dispersion de Troya segun Plinio y otros geógrafos.

La fusion personal entre ambas razas, se efectuó sin derramamiento de sangre. Y que esta fusion de céltigos y griegos fué plausible, prevaleciendo, sin embargo de la miscivilidad, dos grandes agrapaciones que evidenciaban, bien su origen céltigo, bien helénico,—lo vemos terminantemente en la *confusion* con que se expresan los antiguos geógrafos, pues tan pronto hacen á nuestros galiegos celtas de origen, *etiamnum celtici gentis* (en lo que decian una gran verdad), como los hacen de origen griego, *græcorum soboles omnia* (en lo que tambien decian verdad.) Teniendo en cuenta la mistificacion es como deben entenderse las palabras de Mela y Plinio que citamos;—asi como el sentido que entrañan estas otras suyas: *A Durio flexum gravii* (griegos): *totam reliquam ripam ad usque celticum promontorium celtici colunt* (céltigos).—Cómo expresarse de otro modo aquellos escritores que tan pronto veían el tipo, idioma y costumbres griegas, como el tipo, idioma y costumbres célticas, y el tipo, idioma y costumbres mistas, celti-griegas ó galiegas? Sin la colonizacion helénica en nuestro país ¿cómo conciliar sus textos, tan luminosos, sin embargo, para expresar históricamente cuanto nosotros humildemente expresamos? Si no hubiese existido esa fusion celti-griega ¿cómo podríamos comprender, por ejemplo, estas palabras de un mismo autor (Plinio) y en un sólo párrafo (hablando de Galicia): *Civarci, egovarri cognomine namarini* (celti-griegos); *jadoni* (lo mismo); *arrotrebae, promontorium celticum* (más céltigos que griegos) (2); *celtici cognomine Neriae* (esto es, celtas con el nombre griego de nerios); *capori, oppidum Noela* (celti-griegos); *celtici cognomine praesamarci* (celtas con el nombre griego de presamarcos); *cileni, heleni, gravii, caste-*

llim (1), *Tyde, græcorum soboles omnia* (más griegos que celtas)?

Por lo mismo—hay que comprender bien las palabras de Mela y Plinio que citamos,—asi como éstas otras de Cantú en su Hist. univer, pag. 445: «Las colonias de los pelasgos y helenos, que en épocas muy remotas pasaron á Italia y á España, cesaron de ser griegas totalmente». Compréndase, pues, bien esto de *totalmente*: si se mistificaron con los indígenas, claro está que eran griegos *adulterados*.

(Se continuará).

BENITO VICETTO.

EL RÁMO DE JAZMINES.

Un ramo de jazmines os envío
de rica esencia y nítido color,
emblema fiel del pensamiento mio,
recuerdo de mi amor.

Nacieron de mis ósculos al fuego,
yo los tejí con anhelante afán,
yo los regué con lacrimoso riego...
mi llanto os mostrarán.

Cuando con mano temblorosa unía
el tallo de una flor al de otra flor,
exhalaba un suspiro el alma mía,
un suspiro de amor.

Y al elevar á vos una memoria,
sentía el pecho tan veloz latir,
que en un piélagó mágico de gloria
me creía morir.

Si estos jazmines aceptais, bien mio,
feliz se cumple mi ferviente ardor:
no con desdén los rechaceis impío,
testigos de mi amor.

Si en el prendido de la airosa falda
dejais su blanco pétalo lucir,
ó del cabello undoso en la guirnalda
su aroma despedir;

O si del seno que al amor convida
el encaje prendeis con esa flor...
¡ah! tal no hagais, que el alma conmovida
moriria de amor.

Como se agrupan en gallardo ramo
las múltiples corolas de jazmin,
enardecen mi sien, desde que os amo,
ilusiones sin fin.

Son ilusiones que entusiasta adoro,
que bullen ricas de inmortal fervor,
que el goce fijan de mis sueños de oro,
ilusiones de amor.

¿No arrancará sentido pensamiento,
un ¡ay! de compasion no arrancará
esa prenda de amor y de tormento
que á saludaros vá?

Si dentro el cáliz que argentó la aurora
vuestro lábio posara embriagador...
si al aspirar su esencia arrobadora,
recordárais mi amor...

Yo bendijera el venturoso instante
que trémulo esa ofrenda os consagré,
cuando viere rozar vuestro semblante
los dones de mi fé.

Y si al perfume que su ser anida
enlacé de mis besos el calor...
¡por Dios, Señora... El alma conmovida
moriria de amor.

TEODOSIO VESTEIRO Y TORRES.

(1) Téngase en cuenta que Mela nombra indistintamente á los gravios, *gravii* y *graviu*.

(2) Aun hoy estos *arrotrebae* de Monfero son más célticos que griegos, romanos, suevos, godos ó españoles de la reconquista, no sólo en sus tipos y costumbres, sino basta en sus *puchos* célticos, y de más prendas de su traje, hombres y mujeres.

(1) Cuantos tradujeron á Plinio, han traducido Castillo de Tuy, uniendo en uno de los dos pueblos *castelao* y *tudenses*. *Castellum* no quiere decir castillo en el geógrafo, ni Tuy era tal castillo. *Castellum* significa en Plinio el pueblo galaico de los *castelao* que habia orilla del Miño, hoy arcedianato de *Castela*, de donde tomó nombre Castilla en la reconquista.

SEMBLANZAS GALAICAS CONTEMPORÁNEAS.

DON ANTOLIN FARALDO Y ASOREY.

I.

Cuando se trace un día—no muy lejano—la historia de la literatura galaica, aparecerán en primer término como historiadores Idacio y Paulo Orosio; despues sus innumerables poetas como Juan de Linares, Gomez Patiño, Macias, Rodriguez del Padron, vizconde de Altamira, Vazquez de Neira, etc. y luego sus filósofos como Feijóo, Sarmiento y Francisco de Castro, — es decir, desde la época de los suevos hasta principios del siglo actual. Pero cuando se trace este último periodo de la historia literaria del país — á lo que podremos llamar *periodo moderno*, — Cornide, Vereá Aguiar, y Neira de Mosquera aparecerán con su aureola de grandes investigadores históricos; D. José Puente y Bramas y D. José Rua Figueroa con la de dulces poetas y autores dramáticos, etc. D. José Alonso Lopez y D. Ramon la Sagra con la de eminentes filósofos, así como otros talentos ilustres del territorio—que ya duermen en la tumba el sueño de la vida, ó que aun iluminan la vida con los rayos esplendentes de su genio.

II.

Sin embargo—entre todas esas inteligencias pasadas y presentes que enaltecieron al país, ninguna se consagró con más empuje y brio á su regeneración—ó mejor expresado—á su *emancipación*, como D. Antolin Faraldo. En la *independencia* de Galicia, en esta idea santa y sublimemente patriótica, encontraba su mente los únicos rayos de luz para apostrofar abyección y servidumbre. Según el señor Faraldo, la regeneración galaica no podría conseguirse jamás sino por su emancipación,—y al grito de *no queremos ser más que gallegos* que lanzó en su periódico compostelano *El Porvenir*, fué el primer talento del territorio que levantó la bandera, modernamente, de la resurrección nacional de la Galicia de los Hermenericos, Requila, Rechiaro, Remismundo y Miro.

Pero ¿estaba *preparado* el país para efectuar este sacudimiento legítimo, y nobilísimo, y beneficiosamente social? ¿Se habian cuidado hasta allí de tan sublime objeto, las inteligencias que le precedieran? Ah! doloroso es confesarlo ¡Cómo el país carecía de *preparación* para tan sacrosanto fin, porque habia carecido de literatura propia elaborada con las lágrimas del sufrimiento regional, la voz de Faraldo se perdió en las ondas del aire; pues pocos, muy pocos corazones, palpitaron al grito nacional de la antigua Galáica!

III.

Nosotros—muy jóvenes entónces—comprendimos de golpe la situación política de Galicia,—y por eso, y solo por eso, consagramos nuestra inteligencia desde aquel punto á levantar su espíritu nacional, recordando su vida independiente y sus tentativas de independencia por medio de lecturas de instrucción y recreo:—de aqui nuestras novelas his-

tóricas *Los Reyes suevos de Galicia*, *Los Hidalgos de Monforte*, *Rojin Rojal*, *El Lago de la Limia*, *El Ultimo Roade* y otras más en que—por medio de recordaciones *ad hoc* procurábamos reconstituir moralmente el país para el país,—arrancándolo de una tutela ignominiosa como lo es toda tutela extraña, pues siempre hemos sido considerados como una *colonia* de España, no como la *cuna* de su nacionalidad.

¿Conseguimos, tambien, nosotros algo? Nada. ¿Se agrupó, siquiera, la juventud literaria del país en torno nuestro, ó *encauzó* sus inspiraciones en tan elevada inspiración? Menos.

Hicimos más: trazamos la *Historia general de Galicia*,—y ni aun en el espejo de la grandeza nacional de *ayer*, quiso mirarse *hoy* nuestra desdichada pátria;—pues vino la revolución del 68, y no teniendo más que repetir el grito de Antolin Faraldo: *no queremos ser más que gallegos*, Galicia adjuró para el caso de sus hijos, y nombró por representantes suyos en el parlamento, asturianos, castellanos... hasta *canarios* ó de las islas Canarias!—de modo que alardeándose en la atmósfera política de un cantonalismo exótico, Galicia vió desaparecer tal vez para siempre la única ocasión favorable de recobrar su autonomía propia ó antigua nacionalidad.

IV.

En este terreno, pues, ó bajo este punto de vista—esto es—el de nuestra propia nacionalidad, es donde debemos apreciar la noble semblanza de D. Antolin Faraldo, que hoy se esboza por vez primera en el horizonte regional.

Todos los escritos de esta poderosa inteligencia galaica, que no tendremos palabras suficientes para enaltecerla,—todos tienden á la *emancipación* moral y material de Galicia, como única fórmula de su regeneración social;—y escribiendo el Sr. Faraldo en una época en que esta grande cuanto hermosa idea tenia que *velarse* mucho á consecuencia de nuestra intolerancia política,—de aqui sus penalidades y riesgos,—de aqui sus persecuciones,—de aqui el *vacío* que se le formó en torno,—de aqui en fin su muerte, joven aun!—sin que el canto de un poeta galaico sonára sobre su tumba, sin que una lágrima patriótica la regára, sin que en un editorial de los mil y un periódicos del país se escribiera para el caso su querido nombre, que debiera reverenciar todo buen gallego.

V.

Cuando tuvo lugar la revolución de Galicia en 1846, en que Faraldo figuró como Secretario de la Junta Central, establecida en Compostela,—todos sus esfuerzos tendian á imprimir á aquel movimiento político el caracter de *emancipación* regional; pero como el militarismo, que era el brazo de aquella evolución, lo representaban personas ó entidades no gallegas, Faraldo padeció lo que no es decible, hallándose cogido entre puertas como suele decirse.

Sin embargo, en el siguiente documento ó proclama de la Junta para levantar el país—redactado por Faraldo,—traspira ese espíritu regional á que aludimos, como base del caracter altamente galaico de nuestro distinguidísimo hijo de Galicia. Según

verán seguidamente nuestros lectores, aun cuando el documento *quiere ser* de política peninsular ó *española*, en el fondo, y en una y en otra frase, es puramente de política territorial ó *galaica*, pues hasta no falta en él la invocación santa de la *monarquía* sueva, —base de la monarquía indígena en la reacción neo-germana del siglo VII.

Hélo aquí:

«La junta superior de gobierno de Galicia á sus habitantes.—Había llegado el día de mayor peligro para la patria, y con él la ocasión de cumplir los juramentos hechos ante el ara de nuestra conciencia; salvar las instituciones ó morir con ellas. Había sonado la hora de romper el cetro de esa dictadura brutal que escarneció todos los principios y holló todos los fueros populares. La ley fundamental, conquistada en las calles y en los campos de batalla por el heroísmo del ejército y de los ciudadanos, servía de alfombra á los lacayos de ese menguado Cisneros que dictaba órdenes al trono. Con la infame invención de ese monstruoso sistema apellidado *tributario*, la inmundicia camarilla saqueaba vandálicamente los pueblos, disipando los productos de catorce millones de españoles en escandalosas bacanales, que eran un sarcasmo de la miseria pública, y envilecían nuestra nación á los ojos de toda Europa. La sangre de los patriotas que han sido las columnas más firmes de la libertad, la sangre de nuestros valientes de Arlaban y Luchana había sido derramada cobardemente, llegando hasta castigar como un crimen las lágrimas que se derramaban sobre sus tumbas, y privándonos el consuelo de levantar un monumento á su gloriosa memoria. Los fueros municipales, respetados durante tantos siglos, la milicia nacional, la independencia de los tribunales, el jurado, la imprenta, el parlamento, todo había muerto á manos de la camarilla. Sólo restaba á los traidores poner en venta el honor español y la corona de nuestra reina en las antecámaras de los monarcas de Europa; y este proyecto, oh pueblos de Galicia, había llegado á su completo desarrollo. El nombre de doña Isabel II, reina constitucional de España, cuya voluntad encadenan los que blasonan de sus más leales defensores, servía de escudo para esa horrible traición urdida en una corte estrangera.

Pocos días de vida quedaban á la libertad. Sobre las ruinas de la obra nacional de trece años, edificada con las virtudes, los tesoros y la sangre de los españoles, iba á levantarse un horrible sistema de tiranía política y religiosa. El terror y las tinieblas, la censura y las descargas, noche perpétua en el entendimiento, silencio en los labios, muerte en los corazones, hé ahí el porvenir que preparaban al país los perjuros que pusieron á los pies de San Carlos el trono de nuestra reina.

En tan críticos momentos para la libertad, en horas de tan inminente riesgo para la patria, y faltando la imprenta y la tribuna, que pudiesen llamar la nación á la defensa de sus derechos, solamente un generoso y grande esfuerzo de los buenos españoles podía salvar las instituciones y el trono: oponer la revolución á la dictadura.

A la inmortal Lugo cupo la gloria de ser la primera que dió ese grito santo, que es el eco de todos los corazones, y en la bandera enarbolada el día 2 de abril sobre los muros de aquella ciudad, están es-

critos los pensamientos y deseos de toda la nación. Por esto el país respondió al instante á la mágica palabra que resonó en Lugo, y Santiago, Pontevedra, Vigo, Tuy, Bayona y los demás pueblos del antiguo reino de Galicia se reúnen en torno de la única bandera que puede salvarnos de la ignominia y opresión, de las tinieblas y miseria.

Los ciudadanos que suscriben y los que llegarán muy pronto á esta ciudad, al constituirse en junta superior provisional de gobierno de las cuatro provincias de Galicia, por el voto unánime del pueblo y del ejército, levantan en alto la bandera de Lugo, porque es patriótica, grandiosa, santa, y graban en ella con mano firme el pensamiento de la revolución de 1846, seguros de que cumplen la voluntad del país poniendo como lema—Isabel II libre y constitucional, abajo el sistema tributario, libertad, independencia nacional, córtés constituyente.—

Al tomar sobre sus hombros una misión tan honrosa como delicada, sólo les es dado anunciar que la cumplirán con resolución y lealtad, dejando al tiempo el encargo de justificar sus actos, aunque la vida de sus individuos es bien pública para que pueda inspirar desconfianza. Armonizar todos los deseos y todas las voluntades, dirigir á un sólo fin los esfuerzos de los pueblos y tropas, centralizando la acción revolucionaria, y creando un directorio activo é inteligente, que ponga á las cuatro provincias de Galicia en estado de desplegar todo su formidable poder para propagar este alzamiento, tan puro y legítimo por su origen, como sublime é inmenso por su fin, serán las principales tareas de la junta superior. Ningun obstáculo la hará retroceder en su marcha, y desde la altura donde la colocan los sucesos llamará los pueblos á romper sus cadenas en la frente de los tiranos.

Cree, también, dentro de su conciencia, que tiene otro deber que cumplir respecto á Galicia. Hasta ahora la revolución ha sido una horrible mentira, una farsa impía... es tiempo que se realicen las encantadoras promesas que refutieron los falsos sacerdotes de la política, recogiendo los frutos de tanta abnegación y de tanto sacrificio. El pueblo conquistará en esta revolución lo que le han arrebatado los cómicos de los pronunciamientos: pan y derechos. Galicia arrastrando hasta aquí una existencia oprobiosa, convertida en una verdadera colonia de la corte, va á levantarse de su humillación y abatimiento. Esta junta, amiga sincera del país, se consagrará constantemente á engrandecer el antiguo reino de Galicia, dando provechosa dirección á los numerosos elementos que atesora en su seno, levantando los cimientos de un porvenir de gloria. Para conseguirlo se esforzará sin descanso en fomentar intereses materiales, crear costumbres públicas, abrir las fuentes naturales de su riqueza, la agricultura y el comercio, y poner en armonía con la época los hábitos y las ideas que dejó una sociedad decrepita, fundada sobre la ignorancia. Despertando el poderoso sentimiento regional, y encaminando á un sólo objeto todos los talentos y todos los esfuerzos, llegará á conquistar Galicia la influencia de que es merecedora, colocándose en el alto lugar á que está llamado el antiguo reino de los suevos. Que la espada de Galicia haga inclinar una sola vez la balanza en que se pesan los destinos de España.

Gallegos: la junta superior provisional no vacila en asegurarnos que, contando con vuestro franco apoyo, logrará que nuestra Galicia sea temida y respetada por nacionales y extranjeros,

Patria y libertad.—Santiago 15 de abril de 1846
—Pío Rodríguez Terrazo, presidente.—José María Santos.—Ramon Buch.—Por acuerdo de la junta, Antolin de Faraldo, secretario.»

VI.

Nació D. Antolin Faraldo en Betanzos, día 20 de febrero de 1823,—fueron sus padres D. Feliciano y D.^a Francisca Asorey.

Hizo sus primeros estudios en la universidad de Compostela, en cuya ciudad redactó en 1842 los periódicos *Recreo Compostelano* y *Situación de Galicia*.

En 1845 fundó y dirigió *El Porvenir*, periódico que llamó la atención de España por sus elocuentes artículos en pró de la autonomía galaica y de la libertad del pensamiento.

Secretario de la Junta central de Galicia, tuvo que emigrar á Lisboa, despues de la toma de Santiago por las tropas del general D. José de la Concha.

Vuelto de la emigración—fundó en Madrid *La Europa*, periódico político, notable por la valentía de su oposición á toda idea retrógada,—pero Faraldo [no estaba en carácter en este periódico como lo estaba en *El Porvenir*,—y fuera de su carácter, escéntrico en fin de su idea que era la emancipación de Galicia, languideció y murió en tierra extraña.

¡Todos le han olvidado!—Pero la historia no le olvidará en su día, como nosotros no lo olvidamos jamás.—¡Moriran los hombres, pero no mueren nunca sus grandes ideas!

BENITO VICETTO.

Ferrol, 1874.

ROJIN ROJAL.

(Continuacion.)

III.

INSOMNIO Y DELACION.

* Del infierno el mayor mal dicen que es no ver á Dios: luego el mio es otro tal pues no espero ver á vos; ¿y cómo podré ya veros, que de llorar ciego estó desde que esperanza murió?

(VIZCONDE DE ALTAMIRA.)

Cruza Rojin los bosques que rodean la mansion de su amada, cual alma por el cielo condenada á vagar por do quier. Rudos golpean terribles pensamientos en su mente, y de su pecho ardiente brotan roncós gemidos, que más parecen de salvaje fiera espantosos rugidos.

Sus ojos, de las órbitas saltando, miran sin ver, y á la celeste esfera alza su mano impío amenazando. Agólpase la sangre á su cerebro,

y de sus sienas óyese el latido. Luégo al pesar rendido, sobre la verde yerba se desploma, como al furor del viento débil poma. Allí, mesando sus cabellos de oro, apenas alentado, jadeante, sus lívidas mejillas baña el lloro. Cual si viera delante un espectro horroroso, súbito se levanta, y, crispadas las manos, anudada la voz en la garganta, encorbado su cuerpo tembloroso, encrespada la undosa cabellera, en su furor satánico maldice aquel en que nació dia infelice. Y torna á su carrera, huyendo de los rayos de la luna, que en el lejano oriente alza su faz tranquila, refulgente. Ora, cual del dolor la estatua muda, inmóvil permanece; ora, cual tigre hambriento, de un vértigo tremendo poseido hiende el callado viento. Ya en el suelo abatido, se entrega á su dolor; ya en su despecho, ensangrienta las manos en su pecho.

La horrenda tempestad de las pasiones ruge en su sér, y su razon trastorna. Sin encontrar la calma que en mal hora perdió, liba el veneno que los celos le ofrecen, y baña en él los senos de su alma. Débil tal vez llorando, los nervios comprimidos desfallecen: de su Laura el amor, mudo implorando, su corazón de niño gime extraño á los goces del cariño. Ve luégo alzarse como en son de mofa el sombrío fantasma de los celos que en torno suyo gira, y vuelve á su dolor, vuelve á su ira. Comprende que su amor es imposible, que debe abandonar toda esperanza, y un pensamiento horrible entónces acaricia: la venganza. ¡El paje humilde, el paje despreciado ver á sus piés á la soberbia dama que, fiero, ya no ama! ¡Y su ruego escuchar desesperado, y su voz temblorosa que le implora, y ver que gime sin ventura y llora! ¡Oh! ¡qué placer! ¡Qué importa el sufrimiento que torturó su corazón si al cabo ve presa de cruelísimo tormento á aquella de quien fué misero esclavo? Tomando sus ideas nuevo giro, piensa en el conde su señor, ausente... —El, él me vengará,—dice:—pudiera acaso conmovérle su hermosura; pero nunca en la fiera alma del de Roade halló cabida el menor sentimiento de ternura. Yo los delataré, y ámbos la vida infame perderán...» En esta idea Rojin enfurecido se recrea; en su ira fatal, en su odio infando de venganza el placer saboreando.

Mas ¡ay! en vano busca con anhelo del sueño el dulce, lánguido reposo; que en su placer morboso

el bálsamo no encuentra del consuelo.
 Nuevos tormentos sufre:
 el férvido deseo que le agita
 no llena la venganza que medita.
 Su confusa razón en vano brega
 por aclarar su situación extraña;
 y hasta tal punto llega
 su indecisión, que, falto de energía,
 siente templarse su tremenda saña
 y caer en fatal melancolía.
 A su mente en tropel raudos acuden
 contrarios pensamientos;
 que, hombre es al fin y de miserias lleno,
 propenso al egoísmo,
 vacila, duda y teme por sí mismo.
 ¡Oh! Laura morirá: su fiero enojo
 alcanzará sobre ella la victoria;
 mas ¡ay! remordimientos solamente
 y triste soledad será el despojo.
 Viva, y al ménos de su amor la historia
 no manchará feroz alevosía:
 podrá feliz, dichosa contemplarla,
 y, sumido en silencio, idolatrarla.
 ¿Qué fuera de Rojin si ella muriera?
 Errante, perseguido
 por la sombra indignada
 de la dama infeliz, trascurrir viera
 las horas presa de tormento horrible,
 temiendo oír el corazón precito,
 de la conciencia acusadora el grito.
 Mas ¡verla en brazos de un feliz amante!
 ¡Su dicha contemplar; ver la ternura,
 el afán incesante
 con que del de Guimil el bien procura!
 ¡Y él entre tanto solo, abandonado,
 tal vez aborrecido,
 ser humilde criado
 de su odioso rival favorecido!
 ¡Y entrámbos, sin curarse de su llanto,
 de su horrible tormento,
 ser tan felices cuanto
 puede serlo el mortal...! ¡Antes la ira
 Rojin arrostraría del Eterno!
 ¡Oh! nuevamente en su furor se inspira!
 De los celos sumido en el infierno,
 vuela á su odio, á su rencor insano,
 que ora, Laura infeliz, no será vano.
 Mírale en su delirio
 trazar con calma horrenda
 la muerte de Guimil y tu martirio...
 No más vacilación: resuelto el paje,
 sus ojos iracundos
 rayos lanzando de placer salvaje,
 al próximo castillo se encamina
 cuando la luz incierta de la aurora
 las cumbres de los montes ilumina.
 Tranquilo al parecer, lleva en su seno
 con sus pesares su rencor oculto:
 pálido, más sereno,
 tan solo rinde á la venganza culto.

«No más debeis dilatar,
 señor conde, vuestra ausencia.
 Volved, pues, sin más tardar;
 que yo no quiero abrumar
 con un crimen mi conciencia.

«Vuestro siempre limpio honor
 alguien mancillar intenta;
 y á despecho de mi amor,
 nada puedo hacer, señor,
 por conjurar la tormenta.»

Encerrado en su aposento,
 así Rojin escribió.

T. II.

Luégo á un arquero llamó,
 y sin perder un momento
 la carta al conde envió.
 Con sarcástica sonrisa
 al portador vió partir:
 «Una traición se le avisa,—
 dijo:—ya se dará prisa
 el señor conde á venir.»

SEGISMUNDO GARCÍA CASTRO.

(Se continuará.)

TIPOS POPULARES DE GALICIA.

EL CANTERO.

(Continuación.)

V.

Desde S. Miguel hasta Pascua de Resurrección, ese trabajo penosísimo comienza á las seis de la mañana; se suspende á las ocho, con el toque de la prima en las poblaciones con catedrales y colegiatas, para almorzar, y á la media hora, torna á repetir su acompasado y continuo golpear hasta las doce. A la primer campanada del *Angelus*, como si un golpe eléctrico hubiese descoyuntado los brazos todos de nuestros operarios, las manos sueltan súbito los picos é instrumentos y abaten los chambergos. ¿Qué importa que seis ú ocho picadas más dejasen conclusa la obra? Con la oración en los labios y la premura en los piés, esclavos sin duda del apetito, vuelan batiendo zuecos, á escanciar, bufando, su hirviente cuenca de caldo. Tras un cuarto de hora, despues de media hora á lo más tardar, los veremos llegar calmosos y saboreando el último bocado de pan, á fumar y charlar sobre mesa ¡mal he dicho! sobre las piedras ó al abrigo, en comunidad. «¡A unha!» El reló impasible ha marcado ó gritado: *la una*, con su metálica voz, y ésa voz despótica, fatídica, retrógrada sólo al pensamiento y á la memoria, ascendente siempre en la escala de lo infinito, esa voz, exhalada por una máquina, como que convierte en otros tantos autómatas á nuestros canteros, brazos de la arquitectura, que en vano presume de eternizar las naciones, escribiendo su historia con granito. El tiempo le marcará también en su cronómetro una hora final. La del trabajo cotidiano es para el pica-pedrero la de la vespertina oración.

¿Retorna la temporada de la pascua á San Miguel Los viajeros, los escanciadores de leche de pollina y agua mineral, el hombre diligente y laborioso y los paseantes amigos de la fresca aurora, tienen en el cantero su despertador. Desde las cinco á las siete de la mañana es más que nunca vigoroso el timbre de sus acerados picos. Por lo demás su vida es monótona é igual á su insensibilidad para con el sol y con las lluvias. Con la sombra del ala de su curtido sombrero le basta; desecha otro abrigo y paraguas que su burda chaqueta echada sobre los hombros. Ella le escuda también el rostro contra los rayos perpendiculares del astro diurno en su siesta de

doce y media á dos sobre el áspero suelo de su artístico campamento. Bien vale todo ello la pena de un jornal de seis reales, el mayor con que lo premian las medianas poblaciones del reino gallego y que llega á escender á ocho en su capital.

VI.

Pues señor: rico debe ser el cantero, pensará mi calculista lector, si hacemos alto en sus gastos visibles, en su parca manutención! Nadie, sin embargo, que desapercibido transitar por los lugares mas fecundos en canteros, descubrirá otra perspectiva que la de pueblos coloniales, casas mustias, con sus viviendas descarnadas, sus calles desemperdradas y revueltas, como la firma que un chiquillo no se cansa de trazar en la arena; y viejos caducos, tristes mugeres y niños sucios por moradores. Los más grandecillos de estos son los pastores, los vaqueros; los tardos ancianos, los hortelanos, y las mugeres, agricultoras, leñadoras, ganaderas y tejedoras. Son la vida del campo y el alma de la industria popular.

JOSÉ DOMINGUEZ IZQUIERDO.

(Se continuará.)

LAS AUREANAS DEL SIL.

MEMORIAS DEL VIZCONDE DE FONTEY.

XXI.

En Compostela, en la Coruña y en el Ferrol.

(Continuacion.)

En seguida, mi bella Fornarina compostelana, imágen de la hermosura adorada por Rafael Urbino y no por Miguel Angelo, como dijimos en las anteriores páginas,—se arrojó rápidamente del wagon, y me empujó debajo de él, á pique de acabar con mi espina dorsal, que no podia estar mas resblandecida en aquellos momentos de íntima voluptuosidad.

Luégo, oí la voz del canónigo que entraba,—y al cual ella abriera la puerta.

—Traigo unas ganas de almorzar furiosas, Carolina;—dijo el levita con su voz de bajo profundo.

—Pues el almuerzo está esperando, Felipe;—contestó la bella Carolina, empujándolo al comedor.

Sentí que se sentaban á la mesa.

—Huf!! qué mañana!...—exclamó el sesenton Felipe empezando á almorzar.—Figúrate, Carolina, que no me dejaron un momento en paz, los infinitos pecadores que venian á mi confesonario: tal, decia que se acusaba de haber recibido una sortija de oro, regalo de una casada; cual, que habia recibido de otra casada cinco mil reales para reponerse

de sus pérdidas en el juego; otro, en fin, que habia recibido de una vecina suya, carnicera... ¡pásmate, Carolina!... hasta una capa!!

—¿Y la carnicera tambien era casada?—preguntó Carolina.

—Tambien, hija. Yo, aburrido, ya le dije al último de los pecadores: Pero, demonios! ¿dónde encontráis esas gangas, pues yo cuento ya sesenta años, y apenas tengo camisa que ponerme por causa de las mugeres!!

—Eso lo dice V. por llamarme á mi gastadora indirectamente!

—No, Carolina...! no te enfades...! Vamos no te enfades... pero ya ves que la cosa era para decir uno eso y mucho más, pues mientras esos *angelitos* viven con lo que les dan las casadas, yo... yo...!

Al tartamudear el humorístico canónigo estas palabras, vino á buscarme la criada debajo del wagon, y conduciéndome despacito por el corredor, abrió la puerta sin ruido, para que yo saliera á la calle.

Yo saqué en la puerta dos onzas,—y se las di á aquella buena sirvienta: en mi vida empleé mejor un par de *Carulos III* de oro, pues temia salir de aquel sitio de una manera asaz escandalosa.

En seguida me diriji á la fonda de San Miguel, donde me hospedaba; mandé á mi camarero que arreglara los *mundos*, y tomara billetes para la Coruña. Cuando llegué al anochecer á la Coruña, me acosté y estuve en cama lo ménos cincuenta horas: solo así me recobré del susto de mi aventura con Carolina,—pues susto que se toma *viajando con una muger*, no sale del cuerpo tan fácilmente,—porque, como dicen los fisiólogos, se paraliza completamente la *vibracion armónica* de todos los nervios.

II.

Aventuras en la Coruña: Lucrecia Borgia: felicidad del amor libre, ó un marido á *le derniere*.

¡Cuán bella es la Coruña con sus blancas casas, revestidas de poéticas galerías, extendiéndose en semicírculo sobre el cristal trémulo de su bahía! Allí ningun elemento oficial,—ya el civil, ya el económico, ya el militar, ya el marítimo, ya el jurídico, ya el clerical,—por más que prevalezcan ó rivalicen en poder, obstruyen la vista bajo su cielo espléndidamente azul. Allí, todo es de todos; el mar, la campiña, el horizonte. Allí, si algo palpita, si algo define, si algo esculpe su semblanza, es el comercio. Allí, en fin, no hay bajo de casa que no compre y venda,—espíritu mercantil que amenaza invadir los pisos principales. Asi como Compostela tiene dos focos de vida local, la catedral y la universidad,—la Coruña tiene otros dos muy distintos: sus *comercios* de la Pescadería y su teatro. Si; por mas que tenga por blason local la torre de Hércules, que recuerda á las personas ilustradas el período histórico de la *explotacion fenicia* en el suelo galaico, la *cap des villes* de Galicia, levantó nuevo

blason sobre el pavés ó ara de un templo católico: su Teatro principal. El teatro es para la Coruña su catedral, pues en él concentra su vida de noche, como de día la *extiende* por sus calles comerciales y cantones de Porlier y Lacy. En la Coruña, su torre de Hércules, su gran hospital, su castillo de San Anton, su palacio de justicia, su hormiguero femenino de la Palloza y su parque de artillería, son bagatelas: su magnífico coliseo, y sus animadas calles y cantones, lo son todo,—corazon y arterias que absorben y empujan la sangre—siempre en circulacion—de sus 34,000 alegres habitantes, y á los cuales si se les habla de religion, solo tienden los ojos y los brazos con interés, hácia la estacion de su ferro-carril, verdadero camino del *cielo* del progreso! El antiguo *puerto de los brigantinos* ayer, es hoy una odalisca que se *mece* por las noches en las butacas de su bellissimo coliseo y palpita por las mañanas y tardes en sus calles Real y San Andres: es la calle de Carretas de Madrid, traspuesta al vértice del ángulo noroeste de Galicia; iluminada *agior-no* por el sol y por el gas, á consecuencia sin duda de la rarefraccion del cristal trémulo de su bahía, circular como la de Nápoles.

Al salir de Compostela y penetrar en la Coruña, parece pasarse determinadamente de una noche oscura y lluviosa que trascurió entre oraciones, á una mañana espléndida de luz y de colores, que transcurre entre las melodias de Verdi y la vibracion mercantil de un bullicioso puerto.

En la misma fonda donde paraba no se podia descansar con tanto comisionista—nueva planta tras-humante mercantil—como se albergaba en ella: salian y entraban á todas las horas del día y de la noche: nadie los conocia y ellos conocian á todos: nadie sabia sus nombres y ellos, no solo los nombres de todos los coruñeses sinó hasta su crónica escandalosa.

Uno de ellos—en particular—se habia *pegado* tanto á mi, que de todo me hablaba ménos de su comision ó transacciones mercantiles; pero no un pegoté de mal género, sinó expansivo, gracioso é hidalgo por caracter ó hábito. Llamábase Rozalem.

Habíamos hecho conocimiento en la mesa. Aunque por mi posicion y facultades podia eximirme de ir á la mesa redonda,—nunca fui partidario de comer solo pudiendo comer acompañado. Rozalem era aficionado como yo á los mariscos y pescado, y siempre que sabia que íbamos á tener ostras ó percebes ántes de la tortilla á *le servillet* y *rostbeefs* del almuerzo, venia presuroso á mi gabinete y me lo participaba con animacion.

Una mañana—eran las once, hora en que acababa de levantarme y vestirme para subir al comedor—y Rozalem penetró en mi gabinete con su con-sabido estrevillo: *ostras! ostras!*

Y en seguida, mirándome con intencion picaresca, me dijo:

—Que sea enhorabuena! Conque á *noche* le gustó á V. mucho en la ópera Lucrecia Borjia!

—¡Cómo Lucrecia Borjia!—exclamé—si se cantó, no la Lucrecia, sinó El Trovador!

—Convenido. Pero yo no hablo de la ópera, hablo de Lucrecia Borjia.

—No lo entiende á V, Rozalem!—le dije.

Y me encoji de hombros, expresando con esto la sinceridad de mis palabras.

—¡Cómo! ¡No sabe V. que la belleza que tanto miraba V. *anoche* en la ópera se llama Lucrecia Borjia!

En efecto: me habia impresionado bastante una hermosura, que estaba cerca de mi butaca en un palco.

—Ah!—le dije empezando á comprender algo—y á aquella belleza le llaman Lucrecia Borjia?

—No la conocemos los comisionistas sinó por ese nombre.

—Y eso...?

—Eso es debido á que, cuando esta fonda se hallaba ántes en otra calle, la parte trasera de la casa daba con la trasera de la casa de ella...

—Y qué...?

—Que siempre que ella se asomaba por las mañanas al mirador, ó despues de comer, siempre se asomaba cantando, como estrevillo ó muletilla, el.

«Ynfelice, beleno bevesti...»

de la Lucrecia Borjia. Y nosotros le contestábamos por broma:

«Gran bribona perché me lo desti.»

—De modo que...

—De modo que... no la conocemos sinó por Lucrecia Borjia.

—Y es casada?

—Casada.

—Su marido es, acaso, militar?

—No señor; es armador y gran comerciante: tiene tres fragatas en la carrera de Buenos Aires, cinco en la de Cuba, tres en la de Filipinas, dos en la de...

—Oh!—exclamé—hermosa y rica, debe ser una muger felicisima!

—Schít!...—murmuró Rozalem.

E hizo un gesto equivoco.

—Espíquese V.—le dije interesándome por saber algo de mi bella desconocida del teatro, á quien llamaban Lucrecia Borjia.

—La explicacion de mi *schits*—dijo el comisionista—consiste en que si la felicidad estriba en belleza, dinero y libertad conyugal... entónces si, Lucrecia Borgia es feliz, señor de Boan.

Es de advertir que yo viajaba con el sendónimo de Gabriel Boan, que era uno de mis seugndos apellidos.

—¿Y á qué llama V. libertad conyugal, Rozalem—le pregunté con ansiedad.

—Toma!... á que su marido viendo que no tiene hijos de ella, da en tenerlos de otras...

—Ya... ya...!

—Y como de usar ella de la misma libertad ó represalias, nada podrian ámbos hecharse en cara... pues!... ya V. me entiende...

—Segun eso, Rosalem, la crónica cuenta algo de ella...?—pregunté cada vez más interesado.

—Le diré á V, amigo mio. La crónica nada cuenta de ella, y hé aqui la desesperacion de las gentes. Todo el mundo sospecha algo... pero como no se puede determinar nada porque ella es de mucha travesura, y desorienta á los mejores sabuesos...

—Entónces, nuestra Lucrecia... es un gran tipo, Rozalem!

—¡Oh, si lo es!—vale más que un plato de langostinos! Su hermoso color, me los recuerda á cada paso, señor de Boan.—Conque... no olvidemos nuestras ostras y subamos á almorzar.

Y subimos en pos—sin atravesarse más palabras sobre Lucrecia Borgia, ni aun en el *comfort*. —Partidario acérrimo de los amores fáciles, temia yo algo por ella y por mí,—pues toda indiscrecion daria al traste con mis deseos de pcseerla.

Deseaba que terminára el dia. Estaba anunciado el Hernani para aquella noche, y no falté, procurándome la misma butaca que tuviera la anterior.

Lucrecia Borgia tampoco faltó, y brillaban sus encantos en el mismo palco, puesto que Lucrecia Borgia se hallaba abonada.

Era bella y *charmante* como Carolina, sólo que más flexible: esta segunda Fornarina que colocamos en nuestra galeria voluptuosa, estaba aquella noche arrebatadora: cada uno de sus movimientos de cabeza, me impresionaba en extremo;—y sus ojos clavándose profunda y rápidamente en mí de cuando en cuando, me imantaban para la vida del deleite.

A los hombres de mundo, una sóla mirada de una muger nos basta: leemos en ella cuanto debemos saber, esto es, si quiere viajar ó no viajar. A los *memos*, por más que una muger los mire con intencion, no les basta; quieren que siempre les está mirando, concluyendo todo por un ridículo completo, tanto para ella como para ellos.

En las miradas rápidas que habíamos cambiado Lucrecia Borgia y yo, ya nos habíamos dicho cuanto teníamos que decirnos: no teníamos ya que hablar nada: no hacia falta más que una cosa... *ocasion* para *compenetrarnos* como dicen los fisiólogos.

Hélo aqui todo en el mundo del amor: la ocasion:

Pero ¿cómo procurarme yo ocasion de verla á solas? Imposible. Era preciso que ella despejara las brumas que nos separaban, y ella las despejó en efecto, sin comprometerse para con el público ni para con criado alguno. Vereis cómo.

Al terminarse una ópera, es costumbre en el coliseo de la Coruña, agolparse los gallos y los pollos en el vestibulo, para ver salir las bellas,—á la manera que en los pueblos levíticos se las esperan en el pórtico de una iglesia, concluida la misa. Yo me instalé allí con los demás para ver á Lucrecia Borgia. Ella asomó, en efecto, del brazo de su

marido... y me distinguió bien, como si ya contara con verme en aquel sitio. Desfilaban muy pausadamente las personas que salian del teatro entre ámbas filas de gallos y pollos, en atencion á la excesiva concurrencia; Lucrecia venia de mi lado, —y yo entónces al pasár ella rozándome, sin que nadie lo notara, le apreté con suavidad un brazo con mi mano... y ella, tambien sin que nadie percibiera lo más mínimo, buscó sutilmente la misma mano mia y me la estrechó rápida y fogosamente.

¿Qué más...?

Yo apenas pude dormir aquella noche, pensando en mi Lucrecia Borgia: tenia sus ojos en mis ojos, sus labios parecia tenerlos en mis labios, su corazon, su existencia en fin, dentro de mi corazon y de mi existencia.

Cuando desperté al otro dia, mandé á mi camarero al teatro en busca de la misma butaca; pero ¡oh! fatalidad! aquella noche descansaban los artistas, y anunciaban la *Linda de Chamounix* para la siguiente.

Es imposible sufrir lo que yo sufrí con aquella contrariedad. Un dia! dos dias perdidos! yo que contaba por minutos el momento de estrechar contra mi corazon aquella belleza soberana!

Aburrido fleté un bote y pasé aquel dia en la mar,—ya acercándome hasta la peña de la Marola,—ya desembarcando [en Santa Cruz de Mera,—ya internándome por la ria de Pasajes hasta pasar por debajo del puente del Burgo. Hice lo mismo al siguiente dia,—pues rehusaba yo pisar la Coruña temiendo que nueva contrariedad diera al traste con mis ilusiones voluptuosas de amor,—y por más que en la soledad del mar á que me condené esos dos dias, tratase de fijar mi pensamiento en Clara, la imagen de la pobre aureana no se fotografiaba en mi mente, quemándola, abrasándola por decirlo asi, el fuego devorador que sentía por Lucrecia Borgia. ¡Qué dos mugeres tan distintas! —la una, Clara, una sensitiva, que se contraeria para morir, tan solo al menor contacto de mi aliento; la otra, Lucrecia, una sosa, que tanto más aroma despediria, cuanto más la acercára á mis abrasados labios!

Asistí á la *Linda de Chamounix*, y Lucrecia Borgia tambien asistió;—pero al salir ella del teatro, y pasar por el vestibulo rozando ligeramente conmigo, deslizó un papel en mis manos sin que nadie notara lo más mínimo.

Hay sensaciones en la vida, imposibles de explicar: teatro, personas, mundos, todo desapareció en aquel instante para mí, y salí disparado para la fonda.

Una vez en mi gabinete, calenturiento, loco de deseos abrasadores, leí las siguientes líneas de aquella muger adorable:

Se continuará).

BENITO VICETTO.